

Empezó aclarando conceptos. El «Mandamiento Ético de la Acracia» no era tal, sino “panfletos anónimos, que sacaron en París, en los 70 y siguientes”. Como el «Manifiesto de la Comuna Antinacionalista de Zamora» o el «Comunicado Urgente Contra el Despilfarro» (que éstos sí), se trataba de escribir (de hablar), en aquellos años agitados “con una voz no personal, sino pública”, porque “el nombre es enemigo del Pueblo”. No hubo Mandamiento, pues “los Mandamientos son propios del Poder, de los Ejecutivos de Dios. La gente no puede tener Mandamientos, ni siquiera negativos, porque no tienen camino ni meta. Al Pueblo sólo le vale lo que está por hacer”. Cita, aquí, reivindicando, el pensamiento machadiano: “Caminante, no hay camino...”

Publicó García Calvo hace unas semanas en «El País» un explosivo artículo contra la Sociedad de la Higiene, en el que venía a decir, «No se lave usted, disfrute...».

—**Y Agustín García Calvo, ¿cuántas veces se lava al día?**

—Una vez, al afeitarme, al quitarme las telarañas del sueño. Trato de no obedecer al Mandamiento del Poder y de la Higiene; intento disfrutar del agua cuando el calor o la sed me lo piden.

—**Por coherencia con sus arengas, no verá televisión...**

—La veo al pasar por un bar y, también, aunque no tengo propiamente una en casa, en las casas donde caigo e inevitablemente la tienen; también tengo que afrontar la pequeña pantalla, por ráfagas, para alimentar mi indignación. Tengo que confesar que, a veces, cuando me vuelve la afición por el fútbol, bajo a la taberna a ver algún partido.

La que libra, dice, no es una guerra moral contra la televisión (a la que no va, aunque le llaman), sino una guerra política. Su guerra trata de poner al descubierto que la televisión, como institución, “como aparato, no puede servir más que para lo que sirve: la formación de Masas”. ¿Y los periódicos?

—**¿No es una contradicción escribir (lo que escribe) en «El País»?**

—De otros Medios de Formación de Masas, la radio, la prensa, no estoy tan seguro de que estén tan cerrados, tan perfectos. Calculo que todavía tienen resquebrajaduras por las que uno puede intentar, tal vez, meter la nariz. Es un cálculo siempre dudoso, pero es por él por el que hago eso de mandar de vez en cuando a los periódicos alguna andanada; «no» es, y también por lo que hago esta entrevista y por lo que estuve más de dos años sosteniendo una emisión, abierta a los oyentes, en RNE-3, aprovechando, tal vez, alguna de esas debilidades o descuidos.

—**Descuidos... ¿no también muy medidos y calculados por el Poder?**

—No creo que estén tan medidos. El poder requiere un cierto grado de astucia, de técnicas

de manipulación, pero nunca llega a ser una inteligencia de veras penetrante. Por el contrario, para trepar en la pirámide del Poder, de los Medios de Formación de Masas y otros, se requiere ser suficientemente idiota, más cuanto más arriba. La inteligencia es del pueblo, el lenguaje popular.

Asistimos, hoy, a un bombardeo de debates, principalmente en televisión. No los ve, pero se los figura.

—**¿Qué debate es ese? ¿Dónde está, dónde debiera, *El Debate*?**

—Nada que pase por la pequeña pantalla puede servir para hacer cosa ninguna contra lo mandado, sino al revés; para asimilar bajo la apariencia de libertad de expresión (uno de los principios, pestes y tópicos del Régimen Democrático) cualesquiera ocurrencias, protestas, rebeldías. Un debate de veras no puede, pues, hacerse en la televisión...

Propone, en todo caso, las sesiones de charla en público; incluso, a veces, la radio abierta a los oyentes. Pero...

—No se debe tratar del debate entre opiniones personales, entre ideas que, cuando se miran bien, vienen a ser las ideas impuestas desde Arriba que toman, para más engaño, esa apariencia de opinión personal. En las sesiones públicas, con cierto número de gente, ni pocos como la familia ni muchos miles; es más fácil que acierte a hablar eso popular. Tal es el sentido de esos debates públicos: hacer que, en contra de las opiniones democráticas y personales, pueda hablar algo de eso otro, normalmente sometido, callado, falsificado bajo las ideas personales, a lo que aludo como pueblo a falta de mejor nombre, porque ello no tiene nombre alguno.

— **¿Y los intelectuales: quiénes son, dónde están, qué pintan, cuál es su precio?**

Demoledor:

—Su función es contribuir al engaño y a la confusión del pueblo, sirviendo a esa parte principal del Poder en los países desarrollados, que es la Cultura, de forma que la protesta, el sentimiento, el «no» de la gente de abajo, quede reprimido, asimilado bajo las formas científicas, filosóficas, políticas y culturales, en general, de las ideas. Esa es la labor funesta, literalmente sepulcral, de los intelectuales: contribuir a matar el lenguaje vivo, convirtiéndolo en ideas, en Cultura del Poder.

Confiesa García Calvo, no obstante, que él mismo no podría, “honradamente”, librarse de tal calificación-clasificación. Aún confía no estar convertido íntegramente en un intelectual, y gracias a esa “imperfección” poder usar algunos de los modos del lenguaje “sabio, y hasta culto” (la poesía, la investigación...) “para dar voz a lo que por debajo pueda quedar de Pueblo, de negación viva, y volverse contra las ideas de científicos, filósofos, literatos, políticos y demás ralea de servidores de la Cultura del Poder”.

— ¿Te preocupan las elecciones?

—Me revienta, por no emplear un término más grosero, esta repetición de lo mismo; otra fiesta del engaño democrático; hacer creer a la gente que la Mayoría, esto es, la suma de las opiniones de una mayoría de individuos, pueda pasar como equivalente de una especie de Todos y de voluntad del pueblo. Al mismo tiempo, entretiene al personal (con un costo millonario, por supuesto, que contribuye al despilfarro, que es la ley del Desarrollo. Pero también, por supuesto, a la creación de puestos de trabajo, para dar gusto a los sindicatos y demás colaboradores del Poder). Con esa retahíla de nombres y caras y siglas y partidos, quieren hacer creer que el Poder, el Estado, siempre en colaboración con la Banca y el Capital, puede cambiar de veras porque se cambien unas por otras esas siglas o cambien unos por otros los monigotes insignificantes. Se continúa el juego bien sabido del Estado y el Capital, que es cambiar para seguir lo mismo. Pero, por lo bajo, el pueblo nunca se ha dejado engañar del todo.

—«No», Abstención, pues. Pero... ¿desorganizada?, ¿sirve para algo?, ¿qué cambia?

—Es cierto que uno no puede limitarse tranquilamente a propugnarla, recomendar el No. Es claro que por sí sola, la abstención, mientras no llegue a porcentajes escandalosos (10%, 5% de votantes), no contribuye eficazmente a desmontar el engaño de la votación y de la idea de la Democracia. No votar, por supuesto (de eso, en parte, se va encargando la propia pereza y el aburrimiento popular), pero, además, encontrar maneras más eficaces de decir «no» a la institución del voto y la Democracia.

—Recurrir a la violencia contra el Poder.

Se nos escabulle Agustín García Calvo:

—No puede haber recetas para el rebelde ansioso que se pregunta si tiene o no derecho a la violencia. Las medidas a que esta rebelión acuda no pueden estar previstas, ni ser objeto de un plan, lo cual sería utilizar las armas del enemigo. De las violencias que puedan surgir (no por plan, no desde el futuro, sino por empuje, desde abajo) nada sabemos ni hay nada que decir. La pretensión de emplear las armas del Poder (planificación, justicia, violencia planificada...) condenan a los movimientos a los que aludes —conflicto armado Euskadi-Estado—. Es más, la noción de los pueblos, de un pueblo, nunca puede ser de veras popular. Cualquier pretensión de hablar o de luchar en nombre de un pueblo es, al fin y al cabo, estar luchando por una Patria, un Estado, ayudar a repetirse, otra vez, la dinámica del Poder, del Estado, el proceso de Administración de Muerte. Lo que aquí pueda pasar no es cosa de preverlo, porque no somos profetas, sino que la predicción es demasiado activa; contribuye a formar ese futuro, que es la muerte del Pueblo. Se puede decir que aquí, entre los vascos, lo mismo que entre otras gentes sometidas al Desarrollo y la Tecnodemocracia, el juego, el combate, se está dando entre la sumisión a las ideas, al ideal democrático de las

mayorías, y aquello otro que queda por debajo, a pesar de todo, de no ideal, de popular, inconforme, negativo. El combate no se prevé; se va haciendo.

—Pero, los enemigos del pueblo están ahí, tienen forma.

—Está claro que en el Desarrollo, tanto la Religión al viejo estilo como el Ejército, son antiguallas, residuos. Sólo en las márgenes del Desarrollo, y precisamente para su sostén por sus márgenes, siguen cumpliendo una función principal. En el Centro, aquí, son residuos, y centrar demasiado la atención en ellos (esto lo digo a los amigos insumisos irreligiosos) sirve para distraer la atención y las fuerzas del ataque a las verdaderas formas de religión y de violencia estatal que padecemos, las de la Ciencia, la producción de inutilidades y su compra, es decir, la Religión del Dinero, el Ejército de la Banca y de la Cultura, que son las formas principales y avanzadas del Poder.

—¿Será cierto que hemos llegado al fin de las ideologías?

—Es una proclamación que se viene oyendo hace muchos años. Ya no hay ideologías, es verdad, en el sentido de que dan lo mismo unas que otras, y parecen todas intercambiables; y es verdad en el sentido de que todas las ideas que antaño manejaba el Dominio han venido a reducirse a una sola cosa: Economía, el Dinero en su forma más ideal y abstracta. Pero, justamente por eso, la proclamación es mentira, porque hace creer que la Economía y el Dinero no son ya una ideología, una idea, cuando es evidente que es precisamente la única forma de idea que domina, de hecho, a las poblaciones, el único Dios al que sirven los políticos y sus mayorías, las que fabrican cada día los Medios de Formación de Masas, que son, precisamente, nuestros predicadores, los verdaderos divulgadores de la ideología dominante, los vulgarizadores del único Dios que verdaderamente padecemos.

*Entrevista con Agustín García Calvo,
publicada en el periódico EGIN,
el Domingo, 23-05-1993.
Realizada por José Luis Segura.*